

NOVENO TRIMESTRE.

CAPILLADA 176. SETIEMBRE 6 DE 1859.

FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit non esse justum quod
Fr. Gerundio et Tirabequi gaudium
brotet, illi super respetabilissimam pe-
lucam, iste infra zapatum quinquisolini-
num, anathema sit.*

Si alguno dijere que no es de razon que
á Fr. Gerundio y á Tirabeque les brote
la alegría, á aquel por encima de su res-
petable peluca, á este por debajo de su
zapato quinquisolino (ó de cinco suelas),
la mayor tajada de su cuerpo va á ser
como la cabeza de un alfiler.

CONC. 6. GERUND.

GLORIA IN EXCELSIS DEO.

*ET IN TERRA PAX HOMINIBUS

BONÆ VOLUNTATIS.

O mienten los que dicen que el martes es dia
aciago, ó el mártres en Madrid no fué mártres; y

si todos los mártires son tan aciagos como aquel, lluevan días aciagos sobre Fr. Gerundio y su capilla. El jaleo principió por *el salto de Tirabeque*; y como si la pata de Tirabeque fuera una botella de Leyden cargada de electricidad, así se comunicó el jurgorio de su pata á las torres y campanarios de la corte á eso de las cuatro de la tarde, hora en que acababa de repartirse la capillada. Aquella hora los restos sonoros que habian escapado del anti-cimbalismo de Mendizábal comenzaron á tocar á gloria con tai menéo, que Cristo debió decir allá en sus adentros: «*ton-ta de mi, que pude haber aguardado á resucitar á las cuatro de la tarde del mártires tres de setiembre de 1839, y hubiera resucitado con toda broma y solemnidad!*»

Peró si no resucitó Cristo, resucitaron muchos cristianos con el campanéo. Unos dormían la siesta y se levantaron despavoridos; otros comían, y abandonaron los ranchos como Palillos perseguido por las columnas de la Mancha, cayendo en poder de la criada manteles, servilletas, municiones de boca y otros despojos: y hombre hubo que salió á la calle con palillos entre los dientes; es decir, con dos palillos de mondar dientes á falta de nua, con motivo de haberle cogido el campanéo cuando se los estaba limpiando. A un carlista vecino mio le cogió royendo un hueso, y hoy es el día que no ha acabado de roerle. Todo el mundo estaba en relaciones ú

simultáneas, ó anteriores, ó posteriores con la mesa; es decir, ó acababa de comer, ó estaba comiendo, ó se disponia á comer; menos las vindas y retirados, que comen mas tarde; son gente de mas tono; como que muchas veces el almuerzo de un dia le suelen suspender para la cena del siguiente.

Pero ello es que la bullanga de campanas arreciaba y la jente se plantó en la calle á saber qué novedad habia. «¿Qué hay?» se preguntaban unos á otros.—«Que Tirabeque ha levantado la pata, se respondian, y ha dado un salto que ha tropezado en el techo.» Y esta nueva hacia brillar la alegría en los semblantes de todos. Los mas no sabian nada del extraordinario que habia llegado al gobierno á cosa de la una con la noticia oficial del tratado de paz estipulado entre el Duque de la Victoria y Maroto. Pero el salto de Tirabeque y el voltéo de las campanas eran ya para ellos bastante seguros unucios de prósperas y muy importantes nuevas. La noticia oficial sin embargo fué rundiendo de boca en boca, asi como la voz de que estaba próxima á salir la Gaceta extraordinaria.

Enjambres de curiosos impacientes se agolparon en un decir Jesus á la puerta de la imprenta nacional; la calle de Carretas y la Puerta del Sol eran dos colmenas: millares de abejas, abejarones, abejarucos, multitud innumerable de zánganos, y no pocas avispas discurrían por ella en continuo

movimiento y revolotéo, esperando la gaceta extraordinaria que era el panal de miel sobre oje-
 las que todos ansiaban devorar. Pero habían pa-
 sado cuatro horas, y el panal no acababa de fa-
 bricarse, pasaba otra hora y el panal no salía, y
 otra hora y no salía la gaceta. Entretanto los
 abrazos, las enhorabuenas, los apretones de ma-
 nos, las risas, la broma, el júbilo, la algazara y
 el *Gloria in excelsis Deo* que andaba por las ca-
 lles demostraba el ansia con que se recibía la pri-
 mera noticia de PAZ; *et in terra pax hominibus bo-
 nae voluntatis*. Persona había que lloraba de gozo,
 pero también hubo hombre que tanta alegría qui-
 so demostrar á otro, que después de un abrazo
 mas apretado de lo que las costillas y la tabla
 del pecho llevaban á bien le menudeó una soba
 de cachetes en la espalda que le dejó enteramen-
 te desconcertado. Esto me sucedió á mi Fr. Ge-
 rundio con un paisano, tan castellano viejo como
 liberal antiguo. «Estoy mi amigo Fr. Gerundio,
 me decía, que no me cabe el gozo en el corazón.—
 Lo conozco, le dije, porque le rebosa á vd. por
 las manos mas de lo que yo quisiera y la caridad
 para con el prójimo buenamente permite.

Pero aquel día sucedió un fenómeno, que
 prueba mas que nada la sensación de alegría que
 produjo tan fausta nueva. En el sitio mas lóbrego
 de Madrid, en un lugar donde siempre es de
 noche, donde todo es tinieblas y oscuridad y
 cuidado que no hablo de ningún calabozo subter-

ráneo), apareció una *aurora boreal* (1) que le iluminó con sorpresa de cuantos le vimos. El sitio lóbrego y sombrío era la cara de Alaix, y la aurora boreal una sonrisa de alegría que ahuyentó el pabellón nebuloso de su ceño. Yo le vi cuando iba á las córtés á dar cuenta de la comunicacion del general en gefe.

La impaciencia por la extraordinaria crecia no digo por momentos, sino por horas, pues ya anochebia, y la tal extraordinaria no daba trazas de salir. Unos sospechaban si se habria roto de repente todas las prensas de la imprenta nacional, otros pensaban si el convenio de Espartero y de Maroto seria un protocolo de á folio, y nos darian un tomo de quinientas fojas con su índice correspondiente: habia quien aseguraba que la detencion era porque la pasta no estaba enteramente esjuta, y clamaba porque lo repartiesen aunque fuese á la rústica en beneficio de la brevedad: tal otro habia que apostaba las orejas á que no faltaba ya mas que la fé de erratas: y no faltaba quien sostenia haber salido un correo de gabinete al cuartel general del Duque en Vergara con las pruebas de preosa para que las corrigiesen allí antes de proceder á la impresion y publicacion. Pero todos estos juicios quedaron desva-

(1) Fenómeno luminoso que aparece alguna vez en el cielo á la parte del norte.

necidos á la primera voz de «*La extraordinaria*» que centenares de ciegos á quienes Dios ha dotado de fuerza de pulmon en compensacion de lo que les falta de vista, repetian en desacorde diapason. Sin embargo aun dudábamos si la darian dividida en tomos, ó en un solo volumen. Hasta que tomada en las manos nos encontrámos con una cuartillita suelta de treinta líneas justas de impresion. Loor á la rapidez tipográfica de la Imprenta nacional.

La gacetilla contenia el parte del general en jefe, pero faltábale la letra del convenio con Maroto á que hacia referencia. Este nos le proporciona el suplemento al *Mensajero del Pueblo* que empezó á publicarse al mismo tiempo á voz en grito, sin que las gentes ni el jefe político en aquellos momentos de enagenacion se catasen de la prohibicion vigente de publicar periódicos de política por las calles. Uno y otro fueron, no leídos sino devorados á la luz de los faroles, y la alegría creció de punto y acabó de llenar los corazones de todos. No habia boca de que no salieran alabanzas y bendiciones al autor de este primer paso gigantesco para la paz. Al *Gloria in excelsis* que ya andaba se siguió el *Laudamus te: benedicimus te: gratias agimus tibi*. De allí á poco la iluminacion y las músicas junto con el incesante campanéo, añadieron mas y mas animacion y regocijo al pueblo ya entusiasmado y loco de placer.

Menguada, pobre, mezquina y miserable lu-

biera sido sin embargo la fiesta de aquella noche si solo hubieran participado de ella los corazones, y no los estómagos; si, los estómagos reclamaban sus imprescriptibles derechos á la participacion de los regocijos patrios: y las fondas y pastelerias se llenaron de comisiones para encargarse de las comidas del miércoles. Los gefes de la milicia se reunieron para acordar el banquete cívico y dispúsose que asistiese un individuo por clase de todas las compañías sacados á la suerte. Pero en punto al festejo de panza nadie podrá negar la primacia á *la representación nacional*; que aquella misma noche, antes que se hiciera mas tarde, celebró sesion extraordinaria de bucólica en el Jardín de las Delicias: sesion cuasi-régia, pues que solo faltó la presencia de S. M.: por lo demas, los dos cuerpos colegisladores se fundieron en uno. Resolución llena de sabiduria y digna de las primeras cabezas de la nacion; pues en punto á hacer leyes cada cuerpo obrará conforme al caracter peculiar que los distingue pero en punto á manducatoria es un axioma reconocido por todos los políticos que lo mismo come el Diputado que el Senador. En las naciones mas avezadas á la libertad sucede lo mismo. En Francia los pares y los comunes todos embuten por entre la barba y la nariz: en Inglaterra los lores y los diputados embaulan por el mismo sistema; y ningun bill de reforma ha alterado jamás esta ley fundamental del pais.

Mi paternidad gerundiana siente la más dulce satisfacción de ver que las Cortes de 1839 se abren con apetencia, y que las bocas de los padres de la patria se pronuncian en un mismo sentido. Ojalá que en los votos haya la misma uniformidad que en las tajadas, y que las urnas de las votaciones del Espíritu-Santo y doña María de Aragón correspondan á la armonía de las fuentes y platos del jardín de las Delicias. El primer brindis parece que fue el de D. Fermin Caballero, que brindó: *«por la libertad; por la confraternidad: por Espartero y Maroto: «Este brindis es para lord Clarendon un desengaño de que al través que ha mostrado conocer algo la España durante su larga permanencia como embajador, aun le quedó mucho que estudiar en ella; es un bofetón para Metternich: un jarro de agua para Luis Felipe; una nota espartana para los gabinetes del norte; un «no hace falta que vengas» para Mehemet-Ali; y para Fr. Gerundio es una demostración de que en política española ni nada hay imposible ni nada le queda ya que ver, habiendo visto á D. Fermin Caballero brindar por Maroto. Si alguno dijere que nos hacen falta extranjeros para arreglar nuestras desavenencias, que vengan al jardín de las Delicias, y oiga á don Fermin Caballero brindar por la libertad y por Maroto, y muérase allí de vergüenza.*

El Sr. Quinto debió olvidarse de que el jardín de las Delicias no era el Salón del Congreso,

y en lugar de brindis pronunció un largo discurso sobre los fueros vascongados, que convendrá tener muy presente para cuando se trate de la materia en sesion formal. Al concluir su discurso el diputado por Zaragoza, rompió la música tocando la jota aragonesa.

Todos los navarros, madre,
cantan la jota navarra,
y yo como aragonés
canto la zaragozana.

El Sr. Barrio Ayuso brindó «por el chasco que pueden y deben llevarse todos los que han llegado á temer que en la presente legislatura perezcan por nuestras discordias los sacrosantos intereses de la libertad.» Es menester conocer al Sr. Barrio Ayuso para penetrar todo el salero que encierra este brindis. ¡El Sr. Barrio Ayuso, que en tiempo de las elecciones le daba un escalofrío por cada diputado del progreso que veía salir! Todos estos milagros se los debemos á Maroto.

Otros muchos diputados brindaron, como era natural; pero como no hay cosa mas desconsolada que ver comer y no catar, en este mismo instante hago levantar toda la representacion nacional de la mesa y me los llevo á dar una serenata á S. M. Aunque sean las doce y media de la noche, no importa; tengo yo gusto particular

en ver á mi amigo el respetable Sr. Zumalacarrégui echar vivas á SS. MM., á la Constitución y á la Paz. En cualquiera otra noche hubiera temido que les hiciese daño el relente, especialmente á la seccion achacosa del senado, pero en noche de sesion de Delicias no habia por qué temer. Dejémosles ahora que se vaya cada uno á su casa y descansen, que ya es hora, y quiera Dios que algun senador no necesite andar con el té á vueltas, ó con paños de agua y vinagre en el abdómen.

La noche del miércoles se reunieron porcion de naturales de las provincias vascongadas, para celebrar el fausto suceso con un festejo propio del país. Yo les ví dirigirse á la plazuela de palacio precedidos de tres bandas de música, alumbradas por bachones de cera, á cuya luz se leian las inscripciones de un estandarte y cuatro banderas que llevaban: la del estandarte decia: *Viva la paz y la reconciliacion*: las cuatro restantes: *Vizcaya*; *Guipúzcoa*; *Alava*; *Navarra*. Dejábanse ver entre ellos algunos jóvenes con boinas, que era la bandera mas espresiva de reconciliacion. Seguiales un inmenso jentío. Llegado que hubieron al frente de palacio, SS. MM. salieron á uno de los balcones, y ellos despues de varias piezas escojidas de música, tocaron y cantaron en vascuence unos *zorcicos*, especie de sonata del país, que agradó sobremanera. Quisieron tambien bailarlos, segun tenian dispuesto, pero por mas

esfuerzos que hicieron, no pudieron conseguir que se abriese corro: ¡tal era y tan indomable la afluencia de gentes que se habian agolpado! Vista la imposibilidad, y renunciando á la esperanza de poder danzar, despues de vivas áclamaciones, á las Reinas, á la Constitucion y á la reconciliacion, repetidos ardorosamente por el inmenso pueblo, soltaron una multitud de palomas con lazos azules al cuello, en que se leia: *Por la paz; á Doña Isabel II; Navarra; Alava; Guipúzcoa; Vizcaya.*

Los infelices animalitos, tan amantes de sus fueros como pueden serlo los vascongades, salieron del seron en que las habian tenido esclavizadas, ansiosas de tomar el vuelo de la libertad: pero el resultado fué que las pobrecitas perecieron víctimas inocentes del convenio de Espartero y de Maroto. No acostumbradas á volar de noche, ó caian en medio de la multitud, ó daban por las paredes y resbalando por ellas eran presa del brazo que mas alargaba. ¡Cuántos comerian el jueves paloma *gratis* á cuenta del tratado de paz! Apenas ha empezado á alborear la aurora de la paz cuando ya han experimentado algunos la baratura de los comestibles. Quien dijo *Paz* dijo abundancia: en tiempos pacíficos todo el mundo come.

Una de ellas vino á caer á los pies de Tira-beque. Pelegrin tuvo la fortuna de cogerla venciendo mil dificultades, y leyendo el letrero, y

viendo que era el que decía: «A ISABEL II: creí que se me volvía loco. Señor, es la de la Reinita; voy á llevársela ahora mismo, me decía saltando de contento. ¿Quiere vd. subir conmigo? Señora, señora, aquí está. Allá voy, allá voy. Señor, si quiere vd. venir conmigo, venga; sinó haga lo que le parezca, que ya no necesito á vd. para nada.—Mira no te se escape, Pelegrin.—Pierda vd. cuidado, señor, ¡Ay que remona es!» Y al ir á darla un beso, la atrevida mano de un muchacho se la arrebató de entre las suyas, alumbrándole al mismo tiempo un pisotón que le hizo ver las estrellas, pero lo que es la paloma y el muchacho ya no los volvió á ver. Figúrense vds. cual sería la aflicción de Tirabeque al ver aguársele tan súbita é inopinadamente el objeto de sus mas avanzadas esperanzas. Así fue que ya no tuvo gusto para nada, y por todas las funciones de los vizcainos no da él ya un bledo.

«Señor, me decía, mire vd. qué pago me van dando á mí que fui el que dió el primer salto de alegría por la paz. Escusado es, señor, en España de poco servirá la paz mientras no se destierre esta semilla de ladrones que la tienen plagada y le arranca á uno las palomas de la mano.»

Este pueblo de anarquistas entregado al júbilo y al alborozo entraba y salía á las once y las doce de la noche por las puertas del real palacio, y le recorría con toda libertad y á toda su satisfacción, sin que vigilase el alcazar de nuestras

Reinas mas que un simple centinela á cada puerta. Lástima es que no viniera á verlo Luis Felipe, para preguntarle dos deditos de la oreja si vive él con esta confianza entre su pueblo. Que vengan todos los charlatanes extranjeros en un dia de fiesta popular y vean despues si se atreven á decir que la España no merece la libertad.

En todos estos dias la augusta Gobernadora ha dado nuevas y repetidas pruebas de su amabilidad y de su amor á los españoles , pues en medio del contento que es natural le hayan inspirado tan felices sucesos no ha cesado de repetir á cuantos á ella han tenido el honor de acercarse estas notables palabras. *Los españoles son muy dignos de la paz: esto es lo que yo queria , que todo fuese obra de los españoles.*



Ya no se llaman facciosos
los que andan por las montañas:
que se llaman defensores
de la corona de España.

Españoles
defensores.....

—Muchacho! ¿ Qué cancion vienes cantando, hombre? Tú sabes que esa era una de las canciones favoritas de los realistas?—Si señor; y del

tiempo del *furibundismo*.—Pues me gusta la frescura. ¿ Con que lo sabes y las cantas, eh?—Si señor, la canto; porque á mi todo me sirve para mis cosas. Y sino déjeme vd. seguir y verá vd. cómo la acomodo yo al día que no hay mas que pedir, sin mas que unas palabrillas que yo cambie á mi modo. Escuche vd.

Españoles,
defensores
de la Constitucion,
¡Viva la ley!
Reine la paz,
reine la paz y la bella union.

¿ Qué tal?—Muy bien, hombre: ingeniosamente has sustituido unas palabras á otras; y efectivamente de esa manera queda cantable en estas circunstancias.—Mejor que en las otras, señor; que en tiempo del realismo furioso que era cuando esto se cantaba, era muy comun irse desgañitando por las calles entonando el himno patriótico de la *paz*, y al decir *reine la paz*, alumbraban *pacíficamente* un sartenazo al primer *negro* que se tropezára por delante; cantaban *la bella union* y la bella union era *desunir bellamente* las costillas al pobre liberal que caía por banda. Y ahora que estamos nosotros sobre ellos, y en estos dias que todo el mundo ha andado loco por las calles celebrando el triunfo que ha de enterrar la causa del

carlismo, todos los palos, y todos los trancazos y todas las costillas que se han roto á los carlistas ha sido decir: ¡qué rabia pasarán los carlistas! ¡Qué mal rato han de llevar hoy los carlistas! Y con eso quedamos tan desahogados y satisfechos como si los tuviéramos lo mismo que tiene Santiago á los moros.

Y así debe ser, Pelegrin. Esta conducta noble y generosa es la que muestra la diferencia que hay de serviles triunfantes á liberales vencedores. Y tu debes felicitar al pueblo madrileño por este comportamiento, é invitarle á que prosiga dando las mismas pruebas de sensatez, cordura y generosidad tendiendo una mano amiga y de compasión hácia unos hermanos que han tenido la desgracia de estraviarse en su opinion y de confiar en el triunfo de una causa que Dios y la humanidad condenaban.—Pues eso es lo que queria yo decir no más, mi amo; que ellos cantaban la *bella union* y nos molian á palos; y nosotros no la cantamos, y ya les damos la mano de amigos antes que ellos la pidan.



Ofrecimiento de versos
en verso,

POB NO ESTAR PARA HACER VERSOS.

Vamos, Tirabeque, es menester que hoy dirijas una felicitacion en verso á tu amigo el duque de la Victoria por su tratado de paz que con tanta razon nos tiene á todos rebosando de placer.—¿Y qué le digo, señor?—¿Qué le has de decir, hombre? Que se ha hecho acreedor á las bendiciones de todos los buenos españoles: que la letra del convenio estipulado con Maroto ha llenado completamente los deseos de tu amo; que es un convenio tal, que honra mucho al vencedor sin deshorrar al vencido: que solo el artículo primero bastaba para hacer honor á las partes contratantes, y que tu amo no dejará de escitar á la representacion nacional á que corresponda con generosidad á lo que en punto á fueros han consignado los gefes vascongados, y á la deferencia justa y legal que el Duque ha tenido con las córtes. Todo esto le puedes decir.—Pues por dicho, señor.—Mira qué salida! Eso lo he dicho yo, que no lo

dices tu.—Es que tambien yo lo digo.—Pero es menester que lo digas en verso y por tu estilo.— Señor, la verdad, no tengo hoy la cabeza muy buena para hacer versos: porque no ha hecho uno estos dias mas que corretear por esas calles, de la fonda á la música, de la música al Te Deum, del Te Deum á los toros extraordinarios:

y entre bromas y jaranas
se van tardes y mañanas.

—Mira, hombre, si te salen los versos naturalmente.—Señor, no se cómo habrá salido eso: por casualidad: lo demas conozco yo que la cabeza está todavia un poco ahumadilla. Deje vd. que otro dia estará la musa mas despejada, y entonces yo felicitaré en verso al hermano Baldomero.—Bien; pero al menos eso mismo se lo has de ofrecer en verso, no hay remedio.—Señor, si es cosa que vd. se empeña, allá va:

No estrañes, hermano Duque,
que hoy mi musa no se esplique,
ó que todo me trabuque,
ó el verso se vaya á pique.

Pues á fé de badulaque,
y como soy Tirabeque,
estoy un poco peneque,
no por apurar el zaque,
poco á poco:

sino es que me tienes loco
de placer,
y no acierto un verso á hacer
de alegría,
mas yo los haré otro dia.

—Magnífico, hombre! estupendo! admirable!
Ahora falta que no te olvides de la promesa.—
Señor, por mi parte no lo olvidaré: la dificultad
estará por parte de doña Musa.

